

Por Yaisan Yesila Luna Lozano,

ingeniera civil y ex-tallerista de la Universidad de los niños EAFIT



Mi nombre es Yaisan Yesila Luna Lozano. Hace 21 años nací en Condoto, un municipio ubicado en el suroriente del departamento de Chocó. En 2009 me gradué de la escuela primaria María Montessori y en el 2015 de la secundaria en el colegio Luis Lozano Scipión. Recuerdo que me gustaba estudiar, que siempre tenía mucha curiosidad y me gustaba ser independiente al momento de aprender nuevos conocimientos. Por eso siempre me posicioné en los primeros puestos, y en el último año de secundaria, mis amigos y yo recibimos becas por nuestro buen desempeño académico.

Yo fui beneficiaria de la beca Ser Pilo Paga después de haber obtenido un alto puntaje en las pruebas Saber 11° de ese año. Gracias a esto tuve la oportunidad de presentarme a 7 universidades de Bogotá y Medellín, pasando los exámenes y entrevistas en 6 de ellas, entre las que estaba la Universidad EAFIT, donde decidí cursar el pregrado de ingeniería civil.

El semestre que más recuerdo es el primero, porque no solo me estaba enfrentando por primera vez a la Universidad y a las responsabilidades que esta conlleva, sino también a estar sola, con 16 años, en una ciudad como Medellín. En el último año del colegio no tuvimos profesor de matemáticas por más de 6 meses, por lo que cuando vi el curso de Cálculo 1, la diferencia

en conocimientos entre mis compañeros y yo era muy evidente, al menos para mí, por lo que opté por buscar ayuda particular y estudiar con videos e información de Internet. Cosas como estas también me pasaron en otras materias del primer semestre.

Hasta ese entonces nunca me había detenido a pensar que, el que yo pudiera cursar mis estudios de pregrado en la carrera que yo había elegido, era un privilegio. En parte porque en mi pueblo, y también creo que en general en Colombia, es muy normal acreditar el éxito académico solo a las personas que “se esfuerzan”, o en otras palabras a las personas que les va bien, y yo sentía que era una de esas personas, por lo tanto, esa era la razón por la que podía seguir estudiando.

Pero eso no es del todo cierto, porque existen muchas realidades que en ocasiones limitan tus posibilidades, y así seas una de esas personas que se esfuerzan en lo académico, desafortunadamente no siempre puedes alcan-

zar todas las metas que te has propuesto. A todo esto, se le suma ser de uno de los departamentos más olvidados, con uno de los porcentajes de vinculación a la educación superior más bajos del país, como lo es el Chocó.

Gran parte de los jóvenes chocoanos deben elegir entre trabajar o estudiar una vez terminan el colegio o incluso la escuela. La etnia que más predomina es la negra o afrodescendiente, de la que yo hago parte. Cuando entré a la Universidad me di cuenta de que la cantidad de personas negras era muy baja: nunca llegué a contar más de 2 personas afro en un mismo salón. Eso no era una sorpresa para mí, pero entendí que las diferencias subsisten.

Entonces, aunque tratemos de disminuir la inequidad étnica y racial (y gracias a eso hay personas chocoanas y negras que como yo cuentan con el privilegio de formarnos en las áreas que nos gustan), este privilegio debería ser un derecho para todos.